
Gianni Vattimo, *Después de la cristiandad. Por un cristianismo no religioso*, Barcelona: Paidós, 2004. 176 páginas.

“No es difícil dotar de significado a este título, cuya intención es despertar curiosidad y eventualmente también provocar, justamente porque, en todo caso, evoca demasiados contenidos en conflicto entre sí; por esa razón, más que de llenarlo, se trata de vaciarlo de significado...” (p. 89). Así comienza el capítulo 5 de este libro que lleva como título “Occidente o la Cristiandad” y que bien puede también justificar el resto de la obra que, sin duda, quiere ser provocadora.

Un Occidente que se ha ido forjando cada vez más en torno a la “metafísica del ser”, entendiéndolo a éste como una estructura estable, eterna, rígidamente objetiva. De ella, nace una racionalidad que se explaya en la ciencia y en la técnica abarcando a todo lo real en los marcos fijos de conceptos y categorías inalterables. De ese modo la verdad es el reflejo en la mente de un reino objetivo de esencias.

Sin embargo, no es posible negar que todo esto ha sucumbido desde que alguien dijo en la aurora de los tiempos “posmodernos” que “Dios ha muerto”. Estamos, entonces, en una época posmetafísica y posreligiosa. Pero, según Vattimo, poco se ha reflexionado que el Dios que ha muerto es el Dios de la metafísica, el Dios fundamento y causa de un orden objetivo, el Dios moral. Ese es el verdadero sentido de la sentencia nietzscheana y no la negación de la existencia de Dios.

De modo que, en la situación en la cual se encuentra la cultura y la mentalidad contemporánea nada invalida que nos volvamos a preguntar por la presencia de Dios puesto que ha retornado. No hay razones para que seamos ateos filosóficos. Y, en efecto, no hay razones para el ateísmo porque la misma muerte de Dios ha abierto un espacio para su retorno. No obstante, este retorno no se manifiesta tan claro ya que tiene el rostro del fundamentalismo y de un misticismo religioso de tendencias alienantes o neuróticas.

De lo que se trata, pues, es de encontrar al verdadero Dios. Así, la reflexión filosófica de Vattimo se encuadra en el horizonte posmetafísico, que hace aparecer (¿o reaparecer?), la Encarnación de Cristo como la secularización del principio divino y la ontología débil como transposición del mensaje cristiano.

En efecto, la secularización es el modo en el cual se transparenta el debilitamiento del ser ya que abandona los marcos rígidos de una presencia permanente y objetiva para dar paso a la historicidad, a la temporalidad y a la contingencia. Así, es posible leer la “kénosis” de Dios como ese debilitamiento del ser y señalar que la filosofía “posmetafísica” abre nuevos espacios a la religión, al reconocer, paradójicamente su vinculación con la tradición cristiana.

La secularización es el eje central de la reflexión de este pensador italiano, como lo había hecho ya en su obra anterior “*Creer que se cree*”, de la cual estas páginas parecen ser una continuación, pero despojadas de toda referencia autobiográfica como aquélla, para ofrecer argumentos que corroboren la hipótesis interpretativa de este libro. El cual “es una lectura nihilista sólo para quien persiste en pensar el ser con los caracteres metafísicos de gravedad, estabilidad, evidencia plena en la presencia, esto es, con los atributos del acto puro aristotélico, del ser parmenídeo, todo lo contrario del ser como creación de un Dios libre y amoroso” (p. 151)

El peligro de esta lectura radica, a mi juicio, en una clara tendencia inmanentista del mensaje cristiano. Pareciera que a Vattimo le cuesta pensar que, como ya lo habían señalado los Padres en los orígenes del “kerigma”, la paradoja de las paradojas es, precisamente, la Encarnación y que, un Dios en el tiempo sigue siendo trascendente más allá de que se lo haya estancado en la escolástica heredera de la metafísica clásica, como piensa el autor. Además, esta herencia inhabilitó al cristianismo para “comprender” la complejidad de la vida humana porque ha apelado a los conceptos de naturaleza y ley natural y, por tanto, se alejó del verdadero mensaje evangélico.

Para fortalecer su hipótesis, Vattimo recurre a un autor bastante controvertido en la historia de la Iglesia, Joaquín de Fiore, aunque reconoce que no comparte su hermenéutica escatológica; sí acepta, en cambio, que hay una edad del Espíritu y que, ésta es precisamente la que fortalece la secularización en cuanto interpretación espiritual del mensaje bíblico, es decir, no sólo el abandono de la literalidad en la lectura de los textos sagrados sino también en el reconocimiento de determinados aspectos de la vida posmoderna. Allí radica la riqueza de su mensaje para nuestro tiempo puesto que esto significa liberarse de una rigidez doctrinal (la autoridad del magisterio) para atender a lo que me dice a mí, aquí y ahora, la Escritura y, más allá, atender a los problemas controvertidos de este tiempo como por ejemplo la bioética y la

moral sexual, a los cuales la Iglesia no puede responder por su estancamiento en una moral de la “ley natural”.

En su clara intención de alejarse del magisterio, el autor roza peligrosamente la pendiente protestante; pero, se aparta de ella puesto que reconoce que no hay lugar para una libre interpretación sino que la comunidad de los creyentes en el amor se convierte en el criterio y límite de la secularización. Sin embargo, ¿qué entiende Vattimo por amor? No hay respuestas en el libro aunque a veces se percibe que éste es leído en clave de consenso, tal como lo postulan las éticas del discurso. ¿Cómo se conjugan consenso y amor?

Así, entonces, esta ontología del destino al debilitamiento, esta ontología del acontecer con claras resonancias heideggerianas, abre realmente el espacio sagrado de la escucha del ser y, sólo si el cristianismo se despoja de todo colonialismo, dogmatismo y autoritarismo será capaz de vivirse como auténticamente católico en este mundo plural de culturas y éticas, puesto que, inundado por el mensaje del amor será capaz de ser genuinamente religioso (recuérdese que se abroga por un cristianismo no religioso) Pero, ¿qué se entiende por religión?. La religión de esta época posreligiosa que “se presenta de nuevo en nuestra cultura debe abandonar la idea de poder fundar la ética religiosa sobre el conocimientos de las esencias naturales asumidas como norma y mirar más a la libre estipulación dialógica” (p. 116)

La imagen que tiene Vattimo del cristianismo peca de reduccionista ya que lo encapsula en una teología como ciencia encorsetada en la disputatio escolástica y, por tanto, en el fondo estéril. Pero, esa crítica al cristianismo no es nueva y se debe tener apertura mental para reconocer que aún siendo Occidente, este tiene otras vetas del mensaje evangélico todavía no exploradas aunque alimentaron a grandes pensadores.

En fin, un libro provocador que tiene el mérito de inducir al diálogo y bregar porque el cristianismo se viva como la religión del amor; en ello radica la savia de las reflexiones de Vattimo aunque no se compartan sus hipótesis y argumentos. Pero, ¿si se compartiesen acriticamente habría diálogo y, por tanto, comunidad?

José María Nieva

Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino

Robert Audi, *Epistemology. A contemporary introduction to the theory of knowledge*, London and New York: Routledge; 1998, 340 páginas.

“Epistemología” no está tomada en el sentido de reflexión sobre el conocimiento científico, sino en su significado tradicional y clásico, como el estudio crítico de los problemas del conocimiento, y más específicamente, como teoría del conocimiento y la justificación.

Robert Audi es Profesor de Filosofía de la Universidad de Nebraska, Lincoln, y ha centrado sus investigaciones en el área de la epistemología, como lo atestiguan sus anteriores publicaciones tales como *The Structure of Justification* (Cambridge University Press, 1993), o *Moral Knowledge and Ethical Character* (Oxford University Press, 1997). Sus trabajos le han valido el reconocimiento internacional dentro de este campo y ello explica que se le haya encomendado el texto que hoy nos ocupa, para la serie “Routledge Contemporary Introductions to Philosophy” (editada por Paul K. Moser, de la Loyola University of Chicago), que contiene libros escritos por especialistas en las distintas ramas de la filosofía.

Se trata de una serie destinada a estudiantes ya iniciados en esta disciplina, donde cada libro introduce las cuestiones y posiciones centrales de la filosofía contemporánea a fin de permitir una transición sólida a niveles superiores en cada especialidad. Se pretende que toda la serie comparta ese carácter introductorio y una mínima estructura común: una atención especial a las explicaciones que se dan a los problemas básicos de un tema y las principales soluciones planteadas, destacando los argumentos utilizados en ellas.

No necesariamente una introducción es un manual. Yo diría que este libro tiene lo que le falta a los manuales –que por necesidad de simplificar, siempre se quedan cortos y en general no permiten ni siquiera captar los puntos básicos de un tema; con su carácter esquemático dificultan la comprensión, y las citas, en lugar de aclarar, ocultan. Todo lo contrario, desde la vereda opuesta, Audi desgrana los problemas del conocimiento destacando la complejidad de los temas discutidos, con lo que se pone de manifiesto la peculiaridad de la reflexión filosófica frente a sus cuestiones: las profundiza en variedad de perspectivas, pero siempre las deja abiertas. Y me atrevería a decir que le falta lo que a los manuales les sobra: ir dando puntadas de cierre (un manual no podría ser escrito por un filósofo analítico, sería casi

una contradicción); esto es, ir recogiendo cada tanto las líneas recorridas en el análisis a fin de facilitar la comprensión.

El libro no está organizado históricamente, sino que presenta un amplio panorama de las discusiones actuales en gnoseología, centrándose en los conceptos, teorías y problemas básicos con los que se intenta explicar el conocimiento y la justificación.

Aunque prácticamente no nombra a los grandes filósofos, ni tampoco contiene citas textuales -lo cual favorece el carácter sistemático de la exposición- se apoya en una sólida información tanto de la tradición como de los planteos recientes sobre estos temas. Más aún, el autor evita intencionalmente ocuparse de la literatura epistemológica, que si bien es importante para nuestra formación, no es imprescindible en vistas a una introducción en este campo. Sin embargo, este texto ayuda a prepararnos para una lectura crítica de esa literatura, tanto contemporánea como clásica. Para ello, resulta muy útil un índice que contiene un listado de autores y de términos conceptuales con su correspondiente número de página, donde tales términos están, en principio, definidos o explicados. Pero lo particularmente valioso es una lista bibliográfica de textos de epistemología, donde además de especificar el autor, la obra y los datos editoriales, muy brevemente se señala qué tópicos de la epistemología trata, con qué capítulos de este libro se conectan, y qué partes de esa obra son especialmente pertinentes.

El análisis está estructurado en tres partes. En la primera, la más extensa, presenta argumentativamente y valiéndose de casos breves -que ejemplifican la variedad de tipos de conocimiento y justificación y que matizan el libro en toda su extensión- qué papel juegan la percepción externa, la memoria, la introspección, la razón y el testimonio como fuentes tanto de la justificación como del conocimiento. Luego se ocupa de su desarrollo y estructura, particularmente de la transmisión inferencial de ambos (parte dos), para pasar a considerar con mayor detalle en una tercera parte su naturaleza y alcance.

En la estructuración de los temas, hay dos cosas que llaman la atención: por un lado, dedica todo un capítulo a defender la posibilidad del conocimiento y la justificación en los dominios de la ciencia, la religión y la moral, lo cual no es común en este tipo de libros. Acá muestra el autor las complicaciones que surgen cuando pretendemos ir más allá de nuestras creencias fundadas directamente en la experiencia o en la razón. Por otro lado, también resulta

llamativo que deja para el final el análisis de los argumentos escépticos, cuando generalmente se los utiliza como punto de partida, para motivar el interés y el estudio de las cuestiones gnoseológicas.

En este amplio panorama de los temas que se discuten en gnoseología, los problemas quedan planteados y abiertos. En algunos casos, Audi sugiere análisis alternativos, y también que ciertos puntos de vista son preferibles a otros. No hay dudas, además, de que defiende una visión optimista, a favor del sentido común, resistiendo racionalmente -en la medida que estas intrincadas cuestiones lo permiten- a las amenazas escépticas. Y en última instancia, se inclina por una postura realista; sostiene que contamos con creencias justificadas y con conocimiento acerca del mundo externo, aún cuando no lo podamos mostrar. También argumenta a favor de que, con ciertas restricciones, hay conocimiento científico, que hay buenas razones para pensar que podemos tener conocimiento moral y que aparentemente no hay ninguna razón convincente para negar la posibilidad del conocimiento religioso. En resumidas cuentas, su libro es recomendable principalmente por el examen crítico y serio al que somete los problemas de la teoría del conocimiento. Eso sí, habrá que armarse de paciencia para resistir la trama analítica que sustenta el texto, a pesar de la cual en algunos puntos no se logra una suficiente aclaración conceptual.

Graciela Gómez

Universidad Nacional de Tucumán

Menand, Louis, *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en los Estados Unidos* (Traducción de Antonio Bonnano de *The Metaphysical Club*, 2001), Buenos Aires: Destino, 2003, 1º ed., 534 páginas.

Bertrand Russell dijo en una ocasión refiriéndose al pragmatismo que «la aparición en el mundo de una filosofía auténticamente nueva es siempre un acontecimiento de la mayor importancia» (*Ensayos Filosóficos*, p. 110). Este libro de Louis Menand -que le mereció el Premio Pulitzer de Historia 2002- trata justamente de ese gran acontecimiento con maestría y erudición. La obra abarca las transformaciones de la cultura norteamericana desde 1865 a 1919 tomando como punto de partida la Guerra de Secesión: «La Guerra Civil barrió con la civilización esclavista del Sur, pero barrió

también con casi toda la cultura intelectual del Norte. A Estados Unidos le llevó casi cincuenta años crear una cultura que la reemplazara, hallar un nuevo conjunto de ideas y un modo de pensar que ayudara a la gente a afrontar las condiciones de la vida moderna. Esa lucha es el tema de este libro» (p. 12).

El título alude al club de amigos, de breve pero intensa vida, que es reconocido por ser la cuna del pragmatismo. Nueve meses de 1872 bastaron para forjar una leyenda: Oliver Wendell Holmes, futuro miembro de la Suprema Corte, Willimn Jaines, Charles S. Peirce y Chauncey Wright se reunieron asiduamente para discutir sus ideas. Fue uno «de los muchos lugares en que se reunían los intelectuales de Cainbridge» [Mass.] (p. 224) pero fue también el germen de la revolución cultural que tuvo lugar inmediatamente después; en este club estos cuatro pensadores seileros fodaron las ideas que «cambiaron el modo en que pensaban -siguen pensando- los americanos sobre la educación, la democracia, la libertad, la justicia y la tolerancia» (p. 12).

Menand hilvana a lo largo de quince capítulos, con paciencia de orfebre, las vidas, las carreras, los amores y odios de estos y otros grandes pensadores norteamericanos. Sobresalen entre ellos, además, la pensadora y reforinadora social Jane Adams y el filósofo y educador John Dewey. Sobre el cambiante paisaje social y político, Dewey destaca como el intelectual que supo adaptarse a las nuevas condiciones y hacer de la filosofía «un método para encarar los problemas de los hombres» (p. 244); esto lo llevó al sitial de «primer intelectual norteamericano», es decir, el hombre al que se consultaba prácticamente toda cuestión de importancia.

Entre las lecciones que estos intelectuales aprendieron de la guerra la mayor fue la de que las certezas absolutas y las verdades «eternas» eran sumamente peligrosas: varios de ellos fueron a la guerra por ideas que luego -por diversas circunstancias- terminaron por abandonar. Descubrieron también que el conocimiento no es individual sino social: «ésa fue su contribución más importante (la de Peirce) al pensamiento americano, y cuando recordaba, avanzada su vida, cómo llegó a formularla, la describía adecuadamente como el producto de un grupo» (p. 209). Para mostrar la enorme influencia que estos pensadores tuvieron en el mundo intelectual baste citar el ejemplo de dos alumnos de James en sus conferencias de Oxford (Alain Locke y Horace Kallen) quienes, profundamente impactados

por estas ideas, acuñaron casi simultáneamente el concepto de «pluralismo cultural» (la idea análoga de pluralismo político también fue inspirada -indirectamente- por James).

Creo no exagerar diciendo que la lectura de esta excelente obra es casi un imperativo para todo el que pretenda entender el mundo contemporáneo. No sólo los filósofos lo encontrarán de interés, también los psicólogos, los educadores, los juristas, los trabajadores sociales, en fin, un sinnúmero de especialistas puede asistir -a lo largo de sus páginas- al proceso de emergencia de algunos de sus conceptos disciplinarios fundamentales. Y todo ello intercalado (aliviado diría) con anécdotas deliciosamente «humanas», como la del novelista Henry James (hermano de William) escribiendo a un amigo: «Wendell Holmes está aquí para disertar sobre jurisprudencia. Él, mi hermano y varios otros jóvenes perspicaces se han unido para formar un club metafísico donde discuten ceñudamente y sin irse por las ramas. Me da jaqueca sólo saberlo» (p. 212).

Se pinta vívidamente el retrato de un Holmes vanidoso, pasando por progresista sin serlo de veras, un James depresivo, patológicamente indeciso pero increíblemente carismático, un filósofo de genio -Wright- pero casi tan autodestructivo como el talentoso e incomprendido Peirce. De este último se cuenta que «cuando se estaba muriendo, le pedía a Juliette (su segunda esposa) que le diera papel y algo para escribir: decía que era el único modo que conocía para aliviar el dolor» (p. 439).

El Prof. Menand enseña literatura en la Universidad de la Ciudad de Nueva York, fue editor de *The New York Review of Books* y actualmente escribe en *The New Yorker*. Es autor del libro *Discovering Modernism* (sobre T. S. Eliot) y editor de *The Future of Academic Freedom* y *Pragmatism: A Reader*.

Catalina Hynes

Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino